

IN MEMORIAM

Homenaje a Marcos Lijtenstein



Fue a finales de un crudo invierno uruguayo, un miércoles 14 de setiembre de 2011, que falleció el Psicólogo y Psicoanalista Marcos Lijtenstein, luego de padecer una larga, difícil y devastadora enfermedad, con la que tuvo que lidiar por años. Esto sin embargo no logró impedir que él nos acompañase en los festejos de la Asociación hasta sus últimas fuerzas. Se trasladaba con dificultad de ronda en ronda, dejando su impronta en el diálogo y sus expectativas para el año siguiente de la vida institucional. En su velatorio un nutrido grupo de psicoanalistas de diferentes generaciones, corrientes, y de diverso tipo de relación con él, fuimos recorriendo, recordando anécdotas de Marcos como analista, como supervisor, como docente. Llegado el momento de la despedida final, fuimos convocados por el Presidente de la APU, Marcelo Viñar a decir lo que él se merecía. Conminados a no callar lo que sentíamos, algunos de los presentes pronunciamos algunas palabras, que se fueron trenzando con la de amigos de la juventud, de sus hijos y familiares, en fin, de quienes lo conocimos, rindiéndole con ellas un merecido y sentido tributo.

MARCELO VIÑAR:

Estamos reunidos para despedir al viejo amigo y colega. Cuando en la vida convergen itinerarios similares y tiempos simultáneos, co-sensibilidades, ideales y valores compartidos, la amistad es segura. Esto me aconteció con Marcos Lijtenstein.

Casi juntos vinimos de nuestros pueblos litoraleños al primer exilio a la capital, transitamos por las mismas aulas y asambleas y adoptamos las mismas banderas cuando un Uruguay luminoso y pujante se desmoronaba en una cruel y lúgubre dictadura. Juntos paseamos a nuestros primogénitos en el mismo parque en plácidos paseos domingueros.

Marcos fue un amigo leal y un interlocutor veraz, buen aliado en las coincidencias y sagaz en la interpelación de las discrepancias. Disfruté de su presencia y participación lúcida en la Facultad de Medicina, en la Licenciatura de Psicología, en la FEUU y en la Asociación Psicoanalítica.

Nada más ajeno a su sensibilidad y perfil que destinar esta ocasión a destacar su bonhomía y sus virtudes. Se mofaría con el humor incisivo que siempre lo caracterizó.

Su obra no fue voluminosa pero sus textos fueron ineludibles. «La soledad del Psicoanalista» nos acompañará mucho tiempo.

Hace ya cerca de dos décadas, despidiendo a otro amigo, nos reímos de las Parcas, preguntándonos si yo hablaría en su funeral o él en el mío. Me ganó la apuesta y yo estoy cumpliendo la prenda.

Si como aprendimos con Freud la representación de la muerte es el silencio solo podemos exorcizar con la palabra su ominosa presencia y revertir su ausencia definitiva con los recuerdos que lo convoquen y nos enriquezcan. Por eso yo invito a quienes lo quisieron a testimoniar ahora y a que no me dejen solo. ♦

MAGDALENA FILGUEIRA:

A Don Marcos Lijtenstein:

¿Qué decir de la partida de un ser humano como Marcos, tan afable? Siempre tan cerca y cercano de lo humano en todas sus vertientes. Cualquiera tópico que se quisiese abordar podía ser conversado con Marcos, dado que tenía el don de la charla, pausada, serena. Tenía el don de poder conversar sin saber el destino cierto del intercambio de palabras, encontrándose la sorpresa a la orden, giro sorpresivo del diálogo que sobrevendría por el lado del humor, con su sagaz y oportuna capacidad de hacer malabares

con las palabras. Sostenía juegos de palabras a través de los cuales las iba deslizando hasta llegar al chiste, a la chanza, a esa agudeza tan fina que la condición humana permite.

El humor era en Marcos una constante, tenía esa fina, exquisita posibilidad de transformar a través del humor algo cotidiano en novedoso. Vía privilegiada de apertura, de dar entrada a lo difícil de ser nombrado; era así que lograba hacer observaciones sutiles sobre personas o situaciones mundanas. Utilizaba el humor con maestría, con acierto, era para él un arma, una herramienta de acercamiento a su semejante. Por cierto no era la única dado que en tiempos de oscuridad mantenía la luz encendida de una cálida, profunda solidaridad, queriendo siempre saber sobre el destino de compatriotas que sufrían dentro y fuera del país.

Sus amores pasiones, el entretejido del Psicoanálisis con la Literatura, era así que muchas veces a través de personajes históricos o de ficción literaria, Marcos nos acercaba su escucha clínica. Otros dos amores, causa, pasión, la Universidad de la República, en la cual trabajó formando generaciones en torno a ideas psicoanalíticas, antes y después de la Intervención, dado que en 1986 siendo ya restituido construyó las Bases para el Área de Psicoanálisis del recién fundado Instituto de Psicología de la Universidad de la República, precursor de la hoy Facultad. Su otro amor, causa, pasión la política, el Partido Socialista.

Despedimos a Marcos, algo se nos va con él y mucho de él queda entre nosotros, grupo frondoso de psicoanalistas que tuvimos la dicha de recibir y compartir su ayuda y su enseñanza en forma directa de su mano generosa.

Con humor solía proferir: «¿Quién le dirá las palabras de despedida a quién?» Acertada concepción de lo inefable en vínculos que encierran una profunda, una brutal humanidad. Ahora, de lo que estamos seguros, es que cualquiera de nosotros que hoy te hubiese brindado las tuyas, no hubieran podido ser muy diferentes. Como dijo Antonio Machado y como solías evocar tú, —cuando de palabras de despedida se trataba— «Soy, en el buen sentido de la palabra, bueno». ¡Marcos, eso nos queda de ti! ♦